

MIGUEL ÁNGEL SORIA

Desaparecido el 6 de junio de 1976, asesinado
el 3 de febrero de 1977

Miguel y María Esther Buet se conocieron en el 67, tenían 17 y 16 años. *“Cuando lo conocí, él ya militaba, lo acompañaba a los actos, a las reuniones, íbamos a todos lados juntos y cuando nació Stella también la llevábamos”,* contaba su esposa quien continuó relatando *“... en la casa de Miguel hablaban todo el tiempo de Perón, de la revolución, de cómo defendían a los trabajadores, él lo aprendió de su papá y de su mamá. A mi suegra después del 45 si le decían que tenía que irse a Buenos Aires caminando por Perón, lo hacía, y eso es lo que él vivió, lo que más lo apasionó. Era muy compañero, muy cariñoso, cuando podía me llevaba el desayuno a la cama”.*

La última vez que lo vio su hija Stella tenía 5 años. A pesar de su corta edad y los escasos recuerdos, definió a su padre como *“un hombre bueno que quería un mundo mejor, tengo presente las tardes de domingo en la plaza cercana al departamento donde vivíamos (Plaza Sarmiento, 19 y 66 de La Plata), verlo llegar del trabajo, los retos que mi abuela le daba cada domingo cuando cambiaba el descanso y los ratos para compartir en familia, por el trabajo comunitario en el Barrio Obrero para que los vecinos tuvieran agua. O cuando le conté que en el Jardín de Infantes ‘San Francisco’, donde iba, el padre Roberto La Rocca me puso en penitencia y me hizo arrodillar sobre maíz. Casi se lo come al cura, y para protegerme me sacó de ese lugar, así era mi papá”.*

El Rodrigazo del 75 había triturado los ingresos y mantener la familia requería de más de un ingreso. Miguel trabajaba de día en el Astillero, donde era delegado, y por la noche en el sector “Frozen” del Frigorífico Swift. En ese lugar llenaban con carne picada tubos de hojalata de aproximadamente un metro de largo por veinte centímetros de diámetro que se cocinaban en grandes ollas a presión, posteriormente se congelaban esos tubos llenos de carne cocida y se exportaban a Europa. Ese sector con cámaras frías tenía un régimen horario especial.

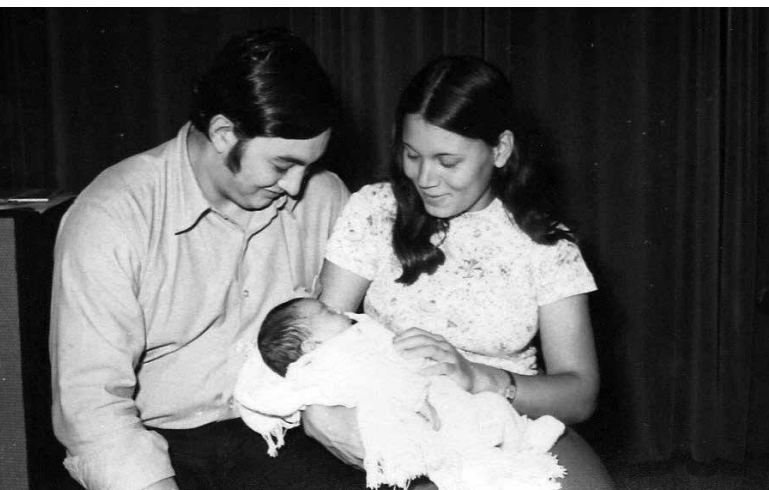
Emilio Mondelli, continuador de las políticas de Celestino Rodrigo en el Ministerio de Economía, los días previos al golpe del 76, implementó un plan basado en las tradicionales recetas liberales, que no tenían ningún contacto con las políticas distributivas y de inclusión que eran pilares del peronismo. En cadena nacional se anunció el aumento de tarifas, el congelamiento salarial, la devaluación de la moneda y los anuncios de privatizaciones con reducción de personal. Estas medidas generaron un rechazo absoluto e inmediato del movimiento obrero. Se inició un plan de lucha, anunciando un paro y abandono de tareas. En nuestra región se reactivó “la Coordinadora” de gremios, comisiones internas y delegados en lucha de La Plata, Berisso y Ensenada, que tuvo un gran protagonismo en las luchas de Propulsora y en la derrota del Rodrigazo del año anterior. Exigieron un aumento salarial, se pronunció contra los despidos, las privatizaciones y, como la caída del gobierno de Isabel era algo más que un rumor, se sumó el rechazo y condena a un posible golpe de Estado. El

18 de marzo el Astillero inició una huelga, en simultáneo fue tomado el Frigorífico Swift, luego de una jornada de lucha y resistencia, los obreros de la carne fueron desalojados a palazos y gases.

María Esther también trabajaba en el Swift, era delegada y realizaba tareas de apoyo en la agrupación peronista que lideraba *Pichila* Fonseca. El día posterior a la toma del Frigorífico, antes de llegar al portón de ingreso por la calle Marsella, se le acercó Jorge Gómez, un conocido de la familia que sin ningún preámbulo le dijo *“si no te vas, te vamos a ir buscar”*. Al tiempo se enteraron que este vecino era un servicio de inteligencia infiltrado en la fábrica. La amenaza provocó noches de angustia y desvelos, con Miguel resolvieron que lo mejor era no ir más a trabajar, ya verían cómo arreglaban el tema económico. En esos días alquilaban un departamento en calle 18 N°1680 entre 66 y 67 de La Plata. El 20 de marzo María Esther fue a presentar la renuncia, a la salida se encontró con unas compañeras que comentaron que la noche anterior habían secuestrado a Pedro Gutzos de su casa en el Barrio Obrero, y a José Luis Lucero de Villa Nueva, que estuvo colaborando en la toma del Frigorífico; otra agregó que también se habían llevado a un murguero de Ensenada, un tal Fortunato Andreucci. Volvió preocupada a su casa, Pedro era compañero de Miguel. Esa tarde Berisso y Ensenada se conmovieron con la noticia, los cuerpos de los tres operarios y trabajadores del Astillero, aparecieron acribillados en un descampado de Melchor Romero.

El 6 de junio de 1976 las fuerzas de seguridad montaron un operativo a dos puntas, uno sobre el departamento de La Plata y el otro, en la casa de sus padres en Berisso, donde cada tarde después del Astillero iba a buscar a su hija. Stella nunca olvidó que *“... llegaron alrededor de las 18:00. Estaba mirando en televisión ‘la pantera rosa’, en un principio creí que eran amigos de mi abuelo porque comenzaron a charlar con él, incluso un hombre mayor vestido de traje, me hizo upa y me preguntó por mi papá, después supe que era el comisario inspector Atilio Pascual Viola de la Brigada de Investigaciones de La Plata. Era el único que estaba de civil, el resto vestía uniforme verde o azul y algunos estaban encapuchados. No sé hasta qué hora estuvieron ese día. Para mí fue un tiempo interminable”*.

Miguel con su compañera Maria Buet y su hija Stella.



A esa tarde de lluvia y frío, en que el invierno era más invierno que otras tardes, se sumaba la incertidumbre de no saber dónde estaba Miguel. María Esther, 45 años después declaró en la Justicia que *“... cuando llegué a la esquina del departamento en que vivíamos, el verdulero me dice: ni se te ocurra ir a tu casa, está lleno de policías, se llevaron a tu marido”*. Antonio Sotello, dueño del departamento que alquilaban, era sargento primero de la Comisaría 5ª de La Plata, dato que ellos desconocían. Ese Policía habría proporcionado las llaves de la vivienda que fue saqueada por el grupo de tareas. Se llevaron una moto, alhajas y atados de cigarrillos, no dejaron casi nada. María Buet continuó contando lo sucedido ese día: *“... vuelvo a Berisso, a la casa de mis suegros (en la calle San Nicolás bis N°863 entre Guayaquil y Callao), cuando estoy llegando observo un despliegue de fuerzas policiales y un vecino me alerta: ‘ni se te ocurra parar, ándate, seguí caminando que en lo de tus suegros está lleno de milicos’*. Alcancé a ver que estaban con armas largas, sigo caminando para el lado de la Plaza Almafuerte. Al llegar, me siento en un banco frente a la Escuela 6, donde Miguel hizo la Primaria, hasta que mi cuñado Rubén me encuentra y vamos a la casa de Olga Díaz, una prima de ellos. Alrededor de las 21:00, llegan los militares y como soy menudita me ocultan en un placar grande, me tapan con unos sobretodos Perramus, los milicos revisaron todo pero no me encontraron. Al otro día metida en el baúl de un auto me llevaron a la casa de mi hermano donde estuve escondida varios meses. No tuve contacto con nadie, pasé mucho tiempo sin encontrarme con mi hija. Recién cuando cumplí 9 años pude recuperar el vínculo, me perdí parte de su infancia”, concluyó la esposa de Miguel visiblemente emocionada.

El mismo día de su desaparición fueron a la Comisaría 1ª de Berisso y no le tomaron la denuncia, recién al tercer día la pudieron realizar. La búsqueda de Miguel por parte de la familia no tuvo descanso, sus padres Santiago Atilio Soria, Elalia Tota Díaz de Soria y su hermana Norma se pusieron en contacto con Augusto Conte Mac Donell, fundador del CELS, a quien la dictadura le había llevado un hijo. Cada rumor que llegaba, era una esperanza y trataban de averiguar. Estuvieron en el Regimiento de Magdalena, en comisarias de La Plata, se entrevistaron con Federico Antonio Minicucci, jefe del Área Militar 112, con el secretario de Monseñor Plaza, también con el cura La Rocca que era capellán de la Marina, presentaron pedidos de Hábeas Corpus, todo con resultado negativo.

Stella quedó al cuidado de sus abuelos, en una casa a la que los represores llegaban casi todas las noches. *“Venían uniformados y encapuchados, revisaban todo. No dejaron de venir ni una sola noche, era cuestión de poner el despertador a las dos de la mañana, porque sabíamos que llegaban”*. Las fuerzas represivas buscaban a Rubén Soria, el hermano de Miguel, quien estuvo detenido durante siete meses. Era el novio de María Inés Seoane Toimil, desaparecida el 12 de mayo de 1977 de su casa en la calle Guayaquil N°3548. *“Después que se llevaron a la Gallega no volvieron más”* concluyó Stella.

Néstor Kirchner, siendo presidente de la nación impulsó la derogación de las leyes de “Punto Final” y “Obediencia Debida”. El Congreso compartió la iniciativa y derogó las leyes de la impunidad y se reiniciaron los juicios contra los genocidas de la última dictadura. En simultáneo, la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación impulsó una campaña destinada a que los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado donen muestras de sangre, para que las pruebas de ADN permitan identificar los restos enterrados en fosas comunes como NN. Stella junto a sus tíos Rubén y Norma, fueron de los primeros en sumarse a la campaña. Finalmente, el 6 de abril de 2011 llegó la notificación de que los restos de su papá fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense.

Según pudo reconstruirse, Miguel estuvo detenido en el CCD “La Cacha”, en la comisaría de Lanús y el último lugar en el que se lo vio con vida fue en el municipio de San Martín. Sus restos fueron hallados junto a otros cuatro militantes en el cementerio de esa ciudad. La muerte de Miguel se habría producido el 3 de febrero de 1977 en las calles Falucho y Besares de Ciudadela, partido de Tres de Febrero, en un supuesto “enfrentamiento”, excusa utilizada para ocultar los fusilamientos. *“El resto de los cuerpos tenían heridas de bala, él no. Presentaba fracturas múltiples en el cráneo y en otras partes del cuerpo”,* contó Stella.

Miguel fue el primer trabajador identificado del Astillero Río Santiago. Actualmente sus restos descansan en el cementerio Parque Campanario junto a sus padres. Su hija recordó que *“... mi abuela murió buscándolo, no paró un minuto, iba a golpear la puerta de todo el mundo. Tenía trato con Azucena Villaflor, con Hebe de Bonafini. Cuando fue la primera marcha de las Madres a Luján nos sacaron una foto donde estamos las dos con una pancarta con la foto de mi papá que se publicó en la tapa del diario Crónica. Era la primera donde las Madres se identificaron con los pañuelos blancos. Las primeras veces que fuimos a Buenos Aires era imposible llegar. Nos juntábamos en una casa cerca de la Iglesia del Pilar, o si no en la avenida Calchaquí de Quilmes, en la iglesia de Monseñor Jorge Novak¹. Fue un proceso largo y creo que va a seguir toda mi vida. Lo que hay que tener es memoria para que estas cosas no vuelvan a ocurrir. Se trata de reconstruir una vida a la que le falta algo (...) pero le vamos encontrando la vuelta”,* concluyó Stella.

A pesar de la identificación cerrar la historia es una tarea difícil con la que hay que pelear cada día. Pueden pasar los gobiernos y cambiar de signo político, pero lo que no cambia es la necesidad de continuar los juicios, para seguir investigando la violación sistemática de Derechos Humanos durante el período más oscuro de la historia del país.

En 1981, las Madres de Plaza de Mayo editaron un poemario y Tota, la madre de Miguel Ángel escribió:

*Querido Hijo mío
nunca te olvidamos.
Ya hace 5 años
que vivimos esperándote:
tu padre, mamá
tu hijita y hermanos.
Tesoro de mis entrañas.
Sangre de la sangre mía.
Estás en la casa,
en todas mis horas,
pues tengo presente:
tu voz, tus caricias.
Todos tus enojos.
Todas tus sonrisas.
Por ello con mi llanto,
llevo de estandarte*

1 Primer obispo de la diócesis de Quilmes que se destacó por su labor por los más pobres y por su enérgica defensa de los derechos humanos durante la dictadura cívico-militar.

*tu nombre : **Miguel Ángel**,
para que resuene
por todos los lugares
junto con mi llanto
y el llanto de otras madres.
Que tuvieron hijos
llenos de coraje,
con tanta hombría,
como para levantarse
en contra de quienes,
querían quitarle su único tesoro:
sus ideales.*